Entrevista con Enrico Letta, político, politólogo y docente italiano. Fue primer ministro de Italia entre 2013 y 2014

En su informe para el Consejo y la Comisión de la UE, usted propone una «política industrial europea dinámica y efectiva». Esto supone que después de décadas de desconfianza en Europa en relación con una política industrial activa ¿se debe atribuir a esta política un nuevo protagonismo en el actual contexto internacional?

Durante décadas, la lógica predominante fue la de un mercado único que garantizara la competencia y eliminara barreras nacionales, pero sin una verdadera estrategia industrial común. La crisis financiera de 2008, la pandemia y, más recientemente, la guerra en Ucrania han demostrado que esta visión necesita una actualización. En un mundo donde Estados Unidos y China han desarrollado políticas industriales agresivas y bien financiadas, Europa no puede quedarse de brazos cruzados. La fragmentación de la economia europea hace vulnerable a España, no solo en términos de competitividad, sino también de autonomía estratégica.

Por esta razón, en mi informe avanzo algunas propuestas para responder a estos desafíos con rapidez, ambición y visión de largo plazo. No se trata de volver al proteccionismo o a una sustitución del mercado por la intervención estatal, sino de un marco de acción coherente que permita a nuestras empresas innovar,

escalar y competir a nivel global. La transición verde y digital, la seguridad energética y el fortalecimiento de sectores clave como el de los semiconductores, la inteligencia artificial o la industria de defensa requieren un enfoque estratégico. La clave está en coordinar los esfuerzos de los Estados miembros y garantizar una financiación suficiente que haga viable esta transformación.

Europa y su mercado interior deben convertirse en un motor de crecimiento, innovación y resiliencia. Sin una acción decidida en este ámbito, se corre el riesgo de perder peso en la economía global y de depender cada vez más de terceros países en sectores estratégicos.

¿Cree que en la aplicación de esta política industrial debe darse una inflexión en la política de competencia de la UE en relación con áreas como la autorización de fusiones (para facilitar un mayor tamaño empresarial) o el control de ayudas públicas?

Es imprescindible una revisión de la política de competencia para adaptarla a la nueva realidad geopolítica y económica. No se trata de debilitar las reglas de mercado ni de permitir la creación de oligopolios ineficientes, sino de reconocer que en determinados sectores clave, como la tecnología, la energía o la defensa, el tamaño importa. Las empresas europeas necesitan consolidarse para alcanzar la escala necesaria que les permita competir en igualdad de condiciones con gigantes como Google, Alibaba o Tesla.

No se puede seguir aplicando reglas que penalizan a las industrias locales mientras otros países utilizan todos los medios a su alcance para fortalecer las suyas. Es fundamental encontrar un equilibrio que permita apoyar la innovación y la producción en Europa sin caer en prácticas distorsionadoras del mercado.

Se ha presentado ya el Competitiveness Compass por parte de la Comisión Europea y está pendiente el Clean Industrial Deal que la presidenta Von Der Leyen anunció para sus cien primeros días de mandato. ¿Qué aspectos considera que deben ser prioritarios?

El Clean Industrial Deal es una iniciativa crucial porque marca un punto de inflexión en la estrategia europea para reforzar su tejido industrial en la transición hacia una economía más verde y digital. Hasta ahora, la agenda climática ha estado centrada

principalmente en la reducción de emisiones y en la promoción de energías renovables, pero ha faltado un enfoque más estructurado sobre cómo garantizar que la industria europea no solo se adapte a este cambio, sino que también lo lidere.

La financiación debe ser una de las prioridades, tal como se destaca acertadamente en el Competitiveness Compass. La transición ecológica y digital requiere inversiones masivas, y sin una estrategia clara para movilizar recursos, tanto públicos como privados, será difícil alcanzar los objetivos fijados. En este sentido, es esencial avanzar en la creación de una Unión de Ahorros e Inversiones, que permita canalizar mejor los fondos privados hacia sectores estratégicos y reducir el volumen de inversiones europeas fuera del continente, buscando oportunidades en los EE .UU.

Otro punto fundamental es la integración del mercado energético. Hoy en día, Europa sigue funcionando con veintisiete mercados energéticos diferentes, lo que genera ineficiencias y precios más altos para empresas y ciudadanos. Se necesita una red de interconexión más sólida, que permita un uso más eficiente de la energía renovable y reduzca la volatilidad de los precios.

Por último, es imprescindible reducir la burocracia y simplificar las normativas para que las empresas puedan adaptarse a la transición sin trabas innecesarias. Muchas pymes europeas encuentran dificultades para acceder a fondos europeos o para implementar nuevas tecnologías debido a la complejidad del marco regulatorio. Si se busca que la industria europea sea competitiva en la era de la sostenibilidad, se debe garantizar que las reglas sean claras, accesibles y favorezcan la innovación.

La política climática implica costes a corto y medio plazo y, por lo tanto, resistencias sociales. ¿Cree usted que los nuevos equilibrios políticos en Europa, tanto en los países miembros como en el Europarlamento, pueden propiciar una tendencia a retrasar las necesarias medidas de la política de descarbonización?

La transición ecológica es una de las transformaciones más ambiciosas que ha emprendido Europa en su historia reciente, pero también es un proceso que genera costes y tensiones. Es innegable que, en muchos sectores, la adaptación a un modelo más sostenible implica inversiones importantes y, en algunos casos, cambios en los modelos de negocio. Esto ha provocado resisten-

cia por parte de ciertos grupos sociales y económicos, especialmente en sectores como el transporte, la agricultura y la industria pesada.

Los cambios en el panorama político europeo pueden llevar a una ralentización de algunas de las medidas más ambiciosas de la política de descarbonización. En varios países, los partidos que cuestionan la velocidad y el coste de la transición ecológica han ganado peso, argumentando que las políticas climáticas no pueden aplicarse sin un plan de acompañamiento que proteja a los trabajadores y a las empresas más afectadas.

Sin embargo, retrasar la acción climática sería un error estratégico. No solo por razones medioambientales, sino porque se perdería la oportunidad de liderar un mercado global en el que la sostenibilidad será un criterio clave en las próximas décadas. La clave para mantener el rumbo es garantizar que la transición ecológica sea económicamente viable y socialmente justa. Europa debe encontrar mecanismos que permitan compensar a los sectores más afectados y generar incentivos para que la inversión en tecnologías limpias sea atractiva.

Es fundamental evitar que la transición ecológica se perciba como una carga y demostrar que puede ser una fuente de crecimiento, empleo e innovación. Para ello, Europa debe reforzar sus políticas de acompañamiento, asegurando que nadie quede atrás en este proceso.

Existen diferencias entre los países miembros de la UE en relación con el papel de la energía nuclear en un mix energético descarbonizado. ¿Cómo piensa que debe abordarse esta cuestión en las instituciones comunitarias?

La energía nuclear es una de las cuestiones más divisivas dentro de la política energética europea. Mientras que países como Francia la consideran un pilar fundamental para la descarbonización y la seguridad energética, otros, como Alemania, han decidido eliminarla por completo. Estas diferencias responden a tradiciones energéticas, estructuras industriales y sensibilidades políticas distintas, lo que dificulta la adopción de una estrategia común.

Las instituciones europeas deben abordar esta cuestión con pragmatismo, respetando las decisiones nacionales pero garantizando que el mercado energético europeo sea eficiente y competitivo. La energía nuclear puede desempeñar un papel importante en

la reducción de emisiones. Pero Europa necesita una estrategia basada en la diversificación y la cooperación. No todos los países tienen que adoptar la misma solución, pero sí deben trabajar juntos para garantizar una red eléctrica interconectada y resiliente.

La electrificación con una generación eléctrica limpia es un vector decisivo en la política de descarbonización. Al mismo tiempo el coste del suministro eléctrico es más elevado en Europa que en EE. UU. ¿Cree que se debe ser más prudente en el perfil temporal de la incorporación de las nuevas tecnologías descarbonizadas?

El alto coste de la electricidad en Europa es una de las grandes preocupaciones en el debate sobre la transición energética. Una de las razones principales de esta diferencia, con respecto a Estados Unidos, es el precio del gas, que en Europa ha sido históricamente más elevado, junto con un sistema regulatorio más complejo y una mayor dependencia de importaciones energéticas.

Sin embargo, la solución no es ralentizar la transición, sino gestionarla de forma más eficiente. Europa debe continuar avanzando en la electrificación, ya que es la única vía para reducir la dependencia de los combustibles fósiles y alcanzar los objetivos climáticos. Pero al mismo tiempo, es fundamental acompañar esta transformación con inversiones en almacenamiento energético, interconexiones eléctricas y redes inteligentes que permitan gestionar mejor la variabilidad de las renovables.

También es necesario diseñar mecanismos de apoyo que protejan a los consumidores y las industrias intensivas en energía de los picos de precios. La planificación debe ser flexible y adaptarse a la evolución del mercado y a los avances tecnológicos, asegurando que la descarbonización sea competitiva y sostenible económicamente.

El papel de la regulación es fundamental en un sector como el eléctrico no solo en relación con las redes de transporte y distribución, sino también con los mercados de capacidad y los mercados de servicios de ajuste y servicios complementarios. ¿Cómo ve el mix de regulación-mercado en este sector?

La liberalización de la electricidad ha generado beneficios en términos de competencia y eficiencia, pero la fragmentación regula-

toria sigue siendo un problema que encarece los costes y dificulta la integración del mercado. En muchos casos, las diferencias entre los marcos regulatorios nacionales impiden que las inversiones en infraestructuras y generación se desarrollen de manera eficiente.

El mercado de capacidad debe evolucionar para garantizar la seguridad del suministro sin distorsionar la competencia. Es necesario un marco común que permita remunerar la disponibilidad de capacidad de forma transparente y eficiente, evitando subsidios cruzados entre países. Al mismo tiempo, los mercados de ajuste y servicios complementarios deben modernizarse para integrar mejor las energías renovables y fomentar la flexibilidad del sistema.

Europa necesita avanzar hacia un mercado eléctrico verdaderamente integrado, con normas claras y previsibles que faciliten la inversión y garanticen precios competitivos.

¿Cómo valora la reciente reforma del mercado eléctrico europeo?

La reciente reforma del mercado eléctrico europeo representa un avance significativo en la dirección de una mayor estabilidad y previsibilidad para los consumidores y las empresas. No obstante, aún hay margen para seguir abordando algunos desafíos estructurales que influyen en la volatilidad del precio de la electricidad en Europa y en su comparativa con otras regiones del mundo. A pesar de la crisis energética provocada por la guerra en Ucrania, que ha revelado ciertas fragilidades del sistema eléctrico europeo, la rápida reacción de la UE ha demostrado también su resiliencia y fortaleza.

La reforma ha introducido mecanismos para limitar la volatilidad de los precios, proteger a los consumidores frente a picos extremos y fomentar contratos a largo plazo que aporten más estabilidad a los inversores y a los operadores del sistema.

A pesar de estas mejoras, el mercado eléctrico sigue fragmentado, con regulaciones nacionales que dificultan la integración plena y limitan la capacidad de los países de compartir recursos energéticos de manera eficiente. Es necesario avanzar hacia una mayor interconexión de las redes eléctricas, eliminando barreras que impiden un comercio transfronterizo de electricidad más fluido y competitivo. Además, la reforma debe acompañarse de inversiones masivas en almacenamiento energético y en redes

inteligentes, que permitan gestionar de manera más eficiente la variabilidad de las energías renovables.

Si Europa quiere garantizar un mercado eléctrico verdaderamente integrado, competitivo y sostenible, la reforma debe ser solo el primer paso hacia un modelo más robusto y resiliente, en el que la cooperación entre países sea una prioridad absoluta.

¿Cree usted que se debe aplicar el criterio de neutralidad tecnológica en la política de descarbonización para arbitrar entre tecnologías descarbonizadoras rivales?

La neutralidad tecnológica es un principio útil para asegurar una transición energética eficiente y equilibrada en Europa. Dado que cada país cuenta con condiciones naturales, industriales y geopolíticas distintas, la diversidad de fuentes de energía y tecnologías debe verse como una fortaleza y no como un obstáculo.

Más que un concepto abstracto, la neutralidad tecnológica debe servir como un eje para impulsar una transición justa, sostenible en todos sus aspectos y ágil. No debería, sin embargo, emplearse como un argumento retórico para ralentizar este proceso.

La descarbonización debe entenderse como un proceso dinámico y adaptativo, en el que la investigación y el desarrollo tecnológico desempeñen un papel clave

¿Qué se ha hecho bien y en qué se ha fallado en el camino hacia el mercado único europeo?

El mercado único europeo ha sido, sin duda, uno de los mayores logros de la integración europea. Ha permitido eliminar barreras comerciales, facilitar la movilidad de personas y empresas, y fortalecer la competitividad del continente en el escenario global. Gracias a él, los ciudadanos europeos pueden vivir, trabajar y estudiar en cualquier país miembro con menos restricciones, y las empresas pueden operar en un mercado de más de 450 millones de personas. La armonización de normativas en sectores clave ha impulsado la innovación y ha generado oportunidades económicas significativas.

Sin embargo, el proceso ha sido desigual y todavía hay importantes deficiencias que limitan su pleno desarrollo. Uno de los principales fallos ha sido la falta de integración en sectores estratégicos como la energía, las telecomunicaciones y los servicios financieros. A pesar de la existencia de una moneda única, los

mercados siguen fragmentados y sujetos a regulaciones nacionales que obstaculizan la formación de actores industriales con la capacidad de competir en igualdad de condiciones con los gigantes de Estados Unidos, China o India.

Otro gran problema ha sido la burocracia excesiva y la complejidad normativa. Muchas pequeñas y medianas empresas encuentran difícil expandirse en el mercado único debido a la falta de armonización en impuestos, procedimientos administrativos y estándares técnicos.

Para corregir estos fallos, Europa necesita completar su mercado único con una mayor integración en sectores clave, simplificar su marco regulador y reforzar su capacidad financiera para apoyar el crecimiento económico.

El volumen de financiación que va a exigir la nueva política industrial europea va a ser muy elevado. ¿Qué reformas debería acometer Europa en el sector financiero para enfrentar ese reto?

La nueva política industrial europea requiere una movilización de recursos sin precedentes. La transición verde, la digitalización y la reindustrialización del continente demandan inversiones masivas en infraestructuras, innovación y modernización del tejido productivo. Para ello, es imprescindible reformar el sector financiero europeo y garantizar que los fondos necesarios estén disponibles para las empresas y los Estados.

Una de las prioridades debe ser la creación de una verdadera Unión de Ahorros e Inversiones que canalice el capital privado hacia proyectos estratégicos europeos. Actualmente, una parte importante del ahorro de los ciudadanos europeos se invierte fuera del continente, principalmente en Estados Unidos, debido a la fragmentación del mercado financiero europeo. Es necesario crear mecanismos que incentiven la inversión dentro de Europa, mejorando la integración de los mercados de capitales y eliminando barreras que dificultan el acceso al crédito.

Bajo su punto de vista ¿qué va a significar la presidencia de Trump para los equilibrios geopolíticos globales y en particular para la relación entre EE. UU. y la UE?

El regreso de Donald Trump a la Casa Blanca está provocando un cambio profundo en los equilibrios geopolíticos globales. Su política exterior, tradicionalmente impredecible, se caracteriza por un

enfoque unilateralista y por una visión de la UE más como un rival que como un socio. Y los efectos ya se sienten con claridad en sus primeras semanas. Su vuelta está desencadenando una escalada en las tensiones comerciales con Europa, golpeando sectores estratégicos como la automoción, la tecnología y la industria energética.

Para la UE, este nuevo escenario representa tanto un desafío como una oportunidad. Por un lado, la necesidad de reducir su dependencia de EE. UU. en materia de defensa y de autonomia estrategica podría acelerar la integración europea en este ámbitos claves. Por otro, una relación más conflictiva con Washington obliga a Europa a fortalecer urgentemente sus alianzas con otras potencias, como América Latina o India.

En cualquier caso, la UE debe actuar con rapidez y determinación. La cooperación con EE. UU. se ha vuelto más incierta y difícil, y la autonomía estratégica europea ya no es una opción, sino una necesidad imperiosa.